

La transición fue la «transacción»

Alfredo Amestoy

Como en tantas otras cosas, Televisión Española se adelantó no sólo en aceptar sino en promover las parejas de hecho entre personas del mismo sexo. En Tele 5 disfruté de compañía heterosexual, en *Asalto de Cama*, pero en TVE fui «emparejado» para la presentación de distintos programas con una serie de caballeros; eso sí, de tan inequívocas aficiones que siempre me quitaban las novias. Fueron Martín Ferrand, Uribarri, Pepe Domingo Castaño y, naturalmente, mi pareja más «fáctica», mi llorado José Antonio Plaza.

Fue un placer, casi sexual, trabajar con ellos y de todos guardo buenos recuerdos, anécdotas y frases. Frases todas muy ilustradoras, aunque la que se lleva la palma es la que repetía Plaza: «Prepárate, Alfredo, a caer pronto. Somos los pioneros de televisión. Y aquí, como en la guerra, los que antes son barridos son los que llegan a la playa en las primeras lanchas de desembarco». Y así fue... Pero alguien tiene que hacer ese trabajo; que, por cierto, dista mucho de ser un «trabajo sucio».

Ni fue «trabajo sucio» el realizado para «inventar» la televisión por el grupo de gente que procedíamos de distintos medios y actividades: periodistas de prensa, radiofonistas, cineastas, profesionales del teatro o del circo, y que tuvimos que amalgamar todas nuestras aportaciones para crear, como resultado de esa fusión y cohesión, el género televisivo, «lo televisual», ni tampoco –menos aún– fue «trabajo sucio» el que nos tocó hacer a algunos al tener que «conducir» la sociedad civil, el país sociológico, y sacar a España de una dictadura y llevarla a la democracia. Si al rey Juan Carlos se le llamó el «motor del cambio», la conducción del gran «vehículo del cambio» que fue la televisión, nos correspondió a unos cuantos profesionales. Nos honra que así lo reconozcan muchos políticos y puedo presumir de habérselo oído decir en privado al propio Jefe del Estado al referirse a los artífices de la llamada «transición».

La transigencia empezó antes de morir Franco

La «transición» a lo mejor es mal llamada así. Porque transición sugiere sólo el tránsito, el pasillo o corredor que permite pasar de un sitio a otro. Y, al menos en televisión, este proceso fue algo más e, incluso, empezó antes.

Para algunos, lo ocurrido fue una transmigración; si transmigración es pasar a otro país. Para la mayoría, la «transición» no equivalía a tanto y la verdad es que suponía más bien un pacto, un consenso... Y ese es el espíritu que prevaleció en todo momento. Por tanto, sería más acertado hablar, en vez de transición, de transacción, de transigencia, que es «consentir en parte con lo que no se cree justo, razonable o verdadero a fin de llegar a un ajuste o concordia, para evitar algún mal o por mero espíritu de condescendencia», que así es como la define el Diccionario.

La transigencia empezamos a sentirla en Televisión Española tras el asesinato de Carrero Blanco, con la llegada de Juan Luis Cebrián a los informativos. Recuerdo que Juan Luis no sólo me autorizó, un año y medio antes de que muriese Franco, un programa sobre Gerald Brennan, que era uno de los mayores críticos del régimen, sino que libró el buen dinero que el autor me había pedido por dejarse entrevistar, hoy costumbre generalizada pero entonces una condición sin precedentes en TVE, lo que convierte al autor de *El laberinto español* en el primer personaje que cobró en nuestra televisión por acceder a un reportaje.

La transigencia de Cebrián obedecía a una liberalidad que yo venía disfrutando por parte de Ramos Losada y, antes, por parte de Victoriano Fernández Asís y José de las Casas, que desde los tiempos del Paseo de la Habana habían permitido el acceso a la redacción de los telediarios de colaboradores tan peculiares como Summers, Chumy Chúmez o Pilar Miró (o Martín Ferrand o yo mismo).

Ya no podemos decir «algún día habrá que contar...». Ya ha llegado ese día y hay que contar que personajes como, por ejemplo, Enrique de las Casas, mentor de Erquicia y de esa flota de Picatostes, Leguineche, Torbado, Candau, que subnavegaba en los programas acuáticos de Iñigo, era un hombre de la CBS, con acceso directo a Cronkite y a los «judeomasones» tan liberales que mandaban en la entonces omnipotente cadena americana. Y Rosón y Ecurra lo sabían. Como lo sabíamos Hermida y Miguel de la Quadra Salcedo y un ser-

vidor. ¡Cuántas veces Miguel y yo visitábamos a Enrique de las Casas en su despacho de la calle Velázquez...! A doscientos metros, en Serrano, los servicios de inteligencia de la Embajada Americana conocían también cómo, desde finales de los años sesenta, TVE se preparaba para la transición, con una transigencia que Estados Unidos celebraba, lo que se me transmitió cuando, entre 1971 y 1973, realicé tres coproducciones de TVE con la USIS: *Ciudadano americano*, *Un planeta mejor* y *Citius, altius y fortius*. Es decir, eran los tiempos del romance y del cortejo sin los cuales rara vez hay gestación.

Hablar de una España y de una televisión en blanco y negro, cuando nos referimos a los primeros años setenta es, además de un tópico, una inexactitud. España es ya en esos años la novena potencia industrial del mundo, y la televisión en color se empieza a emitir en 1973.

No fue Paco sino Carlos el que vino con la rebaja

No en Prado del Rey sino en mi casa y para ver no en vídeo sino en emisión normal, reuní, como director del programa *Datos para un informe*, a los primeros diplomáticos chinos llegados a Madrid tras la apertura de relaciones con el todavía país comunista, a Miguel de la Quadra Salcedo y a Tomás Melgar, reportero y realizador del primer documental sobre China, filmado en color y que pudimos ver en color los que teníamos receptor en color, que éramos tantos o tan pocos como los que ahora tienen pantalla de plasma.

El programa sobre China supuso en 1973 un hito por su emisión en color y porque, por el tono que se había utilizado, significaba un gesto de admirado reconocimiento a una nación que tenía la hoz y el martillo en su bandera.

Ignoro lo que pensaba Franco de ese tipo de cambios antes del gran cambio que seguro él preveía se produciría en España tras su muerte. Lo cierto es que, a trancas y barrancas, José Antonio Plaza y un servidor, más chulos que dos ochos, pudimos hacer un programa complicadísimo que sólo se atrevían a hacer algunos países con poderosa sociedad civil. Aquí se llamó... *35 millones de españoles*. Programa crítico en defensa del consumidor que podía arruinar a una firma tras el análisis de un producto; que hacía temblar un sector como el panadero, cuando evidenciaba en cámara que el kilo de pan pesaba 850

gramos; que obligaba al rey del kilovatio, al señor Oriol y Urquijo, a ir al plató a explicar por qué había subido el recibo de la luz... O que, también, podía hacer rico a un empresario; como cuando se demostró que el mejor y el más largo rollo de papel higiénico era el más barato del mercado...

Se nos veía el programa con lupa, se censuraban temas, se interrumpió su emisión en tres ocasiones, pero *35 millones de españoles* estuvo más de un año en antena y su fuerza era tal que conseguimos una independencia nunca lograda hasta entonces en TVE, hasta el punto de ser el primer programa que se produjo fuera de la Casa. No se volvió a consentir tal autonomía en mucho tiempo. La prueba es que el programa *Vivir para ver*, que estrené en el otoño de 1975, sin Plaza pero con mi realizador de siempre, mi inseparable e insustituible Luis Leal Soto, ya fue producido por Televisión Española y, por no estar en nómina – yo nunca estuve en la plantilla de ese instituto amado–, los honorarios que concerté fueron tan aleatorios que dependían de la audiencia que en aquel año se empezaron a medir de acuerdo a un índice audiométrico que, expertos en la materia como Manuel Palacio, aún consideran fiables para estudiar la aceptación de los programas y los gustos de los españoles durante la transición a la democracia.

Me arriesgué a cobrar según el nivel de audiencia, que se medía hasta con decimales... ¡Menos mal que hubo suerte! *Vivir para ver* llegó a alcanzar un índice de 8,5 sobre 10, y habiendo empezado a emitir un mes antes de la muerte de Franco, fue el programa de más audiencia de 1975 y 1976, sólo superado alguna vez por *Heidi*, pero siempre por encima de tremendos rivales como *La casa de la pradera*, *Un, dos, tres*, Rodríguez de la Fuente, Iñigo, los Payasos de la Tele y telefilmes de gran éxito, como *En Ruta* o *Pollyana*.

Era un programa muy difícil, técnica y «políticamente», por su irreverencia, ya que era muy desenfadado, pero no rupturista, como pensaba Carlos Arias Navarro que no sólo lo suspendió dos veces sino que ordenó se me impidiera a mí la entrada en Prado del Rey...

Los Botejara, un programa al gusto comunista

La llegada de Rafael Ansón a TVE abrió nuevas posibilidades. Rafael Ansón me dio alas; las alas que a él le proporcionaba Adolfo Suárez, el cual en materia de libertad echaba la casa por la ventana.

Desde Tola a la Milá; desde Azcona a Sotillos, todo el mundo «volaba» en Prado del Rey...

El sastrecillo valiente que era, y es, Rafansón montó un «cortefiel» televisivo con informativos y programas de entretiempo. *Vivir para ver* fue también un programa de entretiempo; como de entretiempo eran las chaquetas de Adolfo Suárez.

El que fue un programa no de entretiempo sino de entreguerras fue *La España de los Botejara*, con la colaboración de mi hermano Ignacio y la realización de Leal Soto. Era el primer docudrama que se hacía en España. O el segundo, si incluimos mi ensayo *El día de mañana*, serie de «tverité» que realicé en 1971, en emisión diaria a las doce la noche, con la actriz Elisa Ramírez hablando con el hijo que llevaba en el vientre. Se me ocurrió la idea al verla embarazada de cinco meses; y me salieron, quizás, unos monólogos demasiado trascendentes...

La España de los Botejara se emitió en el verano de 1977 con nocturnidad y alevosía: los diez capítulos en diez noches seguidas.

A pesar del *ferragosto*, lo vio todo el mundo y se armó la de Dios es Cristo. Era un programa muy radical, sin paños calientes. Y no gustó ni al centro ni a los socialistas. Lo defendieron los comunistas, de Montalbán y Bardem. El padre Llanos me dijo había gustado a la propia Dolores. El programa no era *Crónicas de un pueblo*. La música era de Antón García Abril. La canción de la cabecera la cantaba Pablo Guerrero... El programa era visceral y reflejaba lo que el PCE reprochaba a los perdedores de la guerra: el conformismo. Tierno Galván, que llamó entonces «botejaras» a los de Ferraz, y con «botejaras» se han quedado, valoró mucho el programa.

A mí no me convenció demasiado, pero me dio tanta credibilidad que se me encomendó la realización de los programas que debían movilizar a los espectadores cara al referéndum constitucional. *Y yo ¿qué gano?* fue un formato en el que la gente planteaba sus dudas y preguntaban desde la calle a los padres de la Constitución. Creo que logró su objetivo.

Ausencias en «la foto de la transición»

El programa *300 millones*, dedicado a la América hispana y que se transmitía en directo, «vía satélite», a veinte países, me alejó durante

dos años de la política española y casi de España. Claro que también desde *300 millones* se hizo transición —«acción y efecto de pasar de un modo de ser o de estar a otro distinto»; «cambio repentino de tono y expresión»— y lo apreciaron los espectadores de aquí y de allá. Mis entrevistas con Sánchez Albornoz y Borges; el reportaje —el primero— con Bibí Anderson desnudo/a en un cabaret de Barcelona o toda la campaña a favor de los judíos sefarditas... eran transición y destilaban transigencia.

Pero el 23F ya anunciaba el final de las debilidades y el relevo socialista. En *Visto y no visto*, diciembre de 1981 y principios del 82, creo que mi mejor programa —con todas las diferencias superadas; con Alfonso Ussía y Luis Pastor; con marqueses de izquierdas y limpiabotas de derechas; con la aceptación de homosexuales...—, pude ver que Prado del Rey y la televisión chaquetera de siempre, se disponían a recibir al nuevo señorito.

No había terminado la transición, pero sí la transigencia. Por ejemplo, en *La verdad de...* —nueva versión de *Esta es su vida*—, si venía Vallejo Nájera, el programa era de derechas; si Paco Rabal, es que le traíamos para disimular. Volvíamos a las reticencias del franquismo, de la democracia y... de siempre, que se reflejan en la suspicacia de las gentes que me reprochaban: «Usted, Amestoy, da una de cal y una de arena. Así ya podrá...». Yo les he contestado siempre: «Pero... ¿usted sabe cuál es la de cal y cuál la de arena? A lo que responden: «¡Naturalmente!»... Y les digo, mirándoles a los ojos...«¡Pues entonces!»».

En fin... Yo sigo donde estaba. Y, como no me moví, salí en la única foto que llevo en la cartera: la del DNI. En ese documento se dice de quién soy hijo —incluso ponen el nombre de mi madre—, y que he nacido en España, cuya madre no aparece porque, en efecto, se ha cumplido la amenaza y ya a España no la conoce, ni la reconoce, «ni la madre que la parió».